



El séptimo círculo

Stanley Ellin

La fortaleza



En la prisión de Raiford, Florida, cuatro presos organizan una sociedad clandestina, cuyo objetivo es la ocupación armada de una pequeña colonia de cuáqueros, cerca de Nueva York, tomar rehenes y pedir cuatro millones de dólares por su liberación.

La Fortaleza es el relato de la confrontación de la violencia con el pacifismo y es el drama de la cordura frente a un mundo en el cual los combatientes parecen enceguecidos y encerrados en una jaula, convencidos de que la única salida es pasar sobre el cadáver del adversario.

Cláusulas del convenio

El plan ideado por la Sociedad se llevará a cabo en tres partes.

Primera fase:

Reconocimiento del lugar elegido en Scammons Landing, Lake George, Nueva York.

Conseguir en la zona de Miami, Florida, suficiente cantidad de armas pequeñas para apoderarse del objetivo.

Obtener cerca de Miami las armas automáticas y municiones necesarias para defender la región ocupada, en caso de asalto. Proveerse de máscaras de gas pues una fuerza de asalto podría usar gas lacrimógeno.

Adquisición de un auto para el transporte de la Sociedad y sus armas hasta la zona de ocupación.

Segunda fase:

Apoderarse del objetivo y ocuparlo en Scammons Landing, y tomar los rehenes necesarios.

Hacer arreglos para que le sean enviados a la Sociedad cuatro millones de dólares en efectivo.

Negociar el transporte de la Sociedad y los rehenes, en ómnibus al aeropuerto de Glens Falls, Nueva York; desde allí en avión de turbohélice al Aeropuerto Logan, en Boston y, finalmente, en *jet* a St. Hilary, Windward Islands, Indias Occidentales.

Tercera fase:

Pagar lo acordado a los oficiales de St. Hilary que actuarán como intermediarios de la Sociedad y prepararán el transporte aéreo de la misma y sus rehenes, a cualquier lugar de Sudamérica o África que los reciba y les de asilo.

Leído y aceptado por todos los miembros de la Sociedad. Cárcel de Raiford, Florida, 25 de diciembre de 1972.

James Flood

LLEGABA abril. Fui el primero de la Sociedad en finalizar mi estancia en la cárcel de Raiford, Un mes más tarde salieron los hermanos Shanklin y dos meses y tres semanas después, Coco quedó libre. Fue directamente de Florida a St. Hilary, en las Islas, para concretar los arreglos necesarios para la tercera parte del plan de la Sociedad, y regresó a Miami. El día que se presentó en Miami tuvo lugar la primera reunión de la Sociedad, fuera de las rejas de Raiford.

Todo lo cual, pese a quien pese, produjo efectos muy positivos.

Aquí estamos en el restaurante cubano de Miami –James Flood, homicidio sin premeditación, pero criminal; los hermanos Harvey y Lester Shanklin, conspiración para cometer un robo grandioso; Hubert (Coco) Digby, asalto a mano armada–, todos con nuestros pecados redimidos y esperando ansiosos por alguien llamado Santiago, al menos así se llamaba esta semana. Es Santiago Esta Semana quien nos redimirá del mayor de los pecados, la falta absoluta de dinero.

Lo peor, para mí, del tiempo pasado esperando la llegada de Coco, ha sido la ausencia de dinero. Los Shanklin regresaron junto a su mamá y papá en el Sur de Miami para ayudarlos y evitar la quiebra de la estación de servicio –no precisamente en la forma en que los trabajadores independientes obtienen beneficios de los poderosos– ellos segaban la tierra, iban a la iglesia los domingos; el primer

domingo todos los miraron con recelo pero el segundo los recibieron jubilosos como al hijo pródigo que vuelve. Habría mucho que comentar acerca de la iglesia Pentecostal como lo señaló Harvey. Ese primer domingo, los mayores pasaron cuatro veces la bandeja para las contribuciones y cada vez, papá con los ojos llenos de lágrimas debido al regreso de sus ovejas perdidas, dejaba cinco dólares por cada uno. Después de la última contribución un coro de ángeles con unos pechos maravillosos asomando fuera de las diáfnas vestiduras, descendieron del cielo y besaron a Harvey y Lester dentro de la iglesia, en la sien. Los besaron con ternura, murmurando:

—Tranquilos muchachos. No roben en la estación de servicio, no busquen a la mujer del prójimo, porque vamos a ayudarlos. Se acerca el momento de conseguir grandes sumas de dinero.

Al igual que todos los que se dedican a levantar pesas, tienen la paciencia de un buey y no les resultó difícil dejar pasar los días hasta la llegada de Coco. Antes de Raiford habían trabajado como botones en los hoteles de la costa. El maravilloso hotel Gold Coast recibía a sus huéspedes impresionándolos con el encanto de sus botones; servían a las señoras vestidas de mink y con la mente hecha, también, de mink, y ocasionalmente hacían changas para algunos ocupantes de los camping; todo el tiempo en costosas camas de hotel, viendo dinero en cantidad a su alrededor, joyas y pieles; podían estudiar los movimientos y los momentos más seguros para entrar así como la mejor forma de hacerlo, y luego dejaban el trabajo en manos de Mob. Si Harvey y Lester tenían algún resentimiento, se debía a discrepancias entre lo que Mob aseguraba que se sacaba por la mercadería vendida y lo que decían los diarios. Ellos debían aceptar la palabra de Mob. Conmigo era diferente. En Raiford les aseguré que formaríamos una sociedad con cuatro miembros, todos los cuales recibirían una parte exacta de los beneficios. Si lo dudaban, serían

quienes dividieran el dinero en el momento oportuno. Mitad para ellos dos. Después de mi promesa me convertí en su protector. Tenía mi propia genialidad, una habilidad especial para parecer genuinamente sincero, lo que en caso necesario es un don muy importante.

Mientras tanto, y a la espera de Coco, conseguí trabajo en un bote que se alquilaba para pesca. Lo regenteaba un hombre llamado Sharpless, un borracho sinvergüenza que se sintió feliz de tenerme a bordo como tripulación permanente. Me daba cama y no hacía preguntas, siempre que me conformara con trabajar sólo por las propinas. Eso me permitió vivir un mes sin problemas y ocuparme de los intereses de la Sociedad. Así pude hacer un reconocimiento de la vieja casona y sus alrededores en Warren County, Nueva York; luego de lo cual volví directamente a Dade County, Florida, con sólo unos pocos centavos en el bolsillo. Y debí regresar junto al capitán Sharpless y al cubo de carnada, pero tenía cama y posada para mantenerme hasta que Coco apareciese.

Durante un tiempo, Sharpless sintió curiosidad acerca del hombre misterioso que limpiaba las cubiertas, y de sus preguntas ingenuas, deduje que me creía un fugitivo o un recién convertido. Cuando vio que no me preocupaba cuando la policía aparecía en los muelles, decidió que era un mozo de buena familia y bien educado que buscaba distracción. En ese tiempo leía buenos libros y el capitán los veía alrededor de mi cucheta, todo contribuía a hacerle creer que se trataba de alguien que deseaba hacer sentir a sus aristocráticos parientes la vergüenza de su ruina y me dejó tranquilo. Jamás me preguntó mi apellido, contento de no tener que llenar los formularios de empleo ni los requisitos del seguro social. Pasado un tiempo, incluso dejó de controlar el nivel de las botellas de licor que guardaba en la alacena. Al final le resultaba una parte natural del barco, tanto como una lata de carnada. Probablemente si no me veía cerca suyo reparara en mí; cuando estaba

alrededor ni me tenía en cuenta. Me convertí en el hombre invisible, sin forma ni tamaño ni color, sin rostro, tan insípido como un vaso de agua.

Para el hombre superior, el que comanda, pero que, cualquiera sea el motivo, recibe órdenes de su subordinado, existe un perverso sentido de poder en esa relación. El perro atado a la correa piensa que es quien conduce al amo. El amo cuando camina junto al animal se divierte con su propia benevolencia que no le permite tirar de la cuerda y cortarle el cogote acabando así la farsa. ¿Sabes perrito que siempre te encuentras a un tris de que te ahorquen?

Durante tres meses limpié las cubiertas del Ballbreaker y sentí deseos de cortarle el cuello al capitán Sharpless. Incluso el día que apareció Harvey Shanklin paseando por el muelle para indicarme que Coco estaba en la ciudad, no fue un acto de valentía despedirme del patrón. Ahora sí que mi capitán reparó en mí con pena y sorpresa. Al día siguiente quedaría un enorme espacio vacío en el barco.

–Si es cuestión de dinero, muchacho –dijo esperanzado–, he pensado que ya que trabajas bien...

–No –le respondí–, debo ir a otro lugar.

Y así lo hice, caminé a lo largo del Boulevard Biscayne y tomé el ómnibus que me llevaría al restaurante cubano para mi reunión.

Raiford, 1973.

COCO.

Hubert Digby salió de St. Hilary en las Islas Windward. Era una hermosa culebra negra con la gracia de los Watusi, incluso cuando caminaba alrededor del patio de Raiford, parecía que estaba bailando, como si el lugar fuera Puerto St. Hilary en carnaval, y él dirigiera el desfile. Habla el idioma de las islas, cuando lo hacía rápido parecía el graznido de un pavo, cuando hablaba lentamente se oía

como una música lenta y triste. «Oh, luna, cuando estoy lejos, mis ojos vuelven hacia ti».

Se nos acercó caminando suavemente, estábamos sentados en una mesa del rincón, mientras el dueño del restaurante se abría camino entre las mesas repletas de latinos que se alimentaban de lentejas, pollo asado y bananas fritas, Coco lo seguía abriéndose paso en los lugares abigarrados, bailando esa danza lenta como de costumbre, igual que el Rey de Espadas acercándose al trono. Se sienta a mi lado y lo primero que nos dice, después de tres meses y tres semanas, es:

—¿Quién eligió este lugar?

—Santiago —respondió Harvey Shanklin. Harvey es el mayor de los hermanos Shanklin y habla casi siempre por ambos—. No me agradó, pero Santiago exigió que fuera aquí y no en otro lugar.

—El gerente lo conoce —insistió Coco—, cuando aparecí en la puerta me recibió desdeñoso, pero cuando le expliqué que era invitado del señor Santiago cambió por completo —Coco observó a su alrededor—. Hay grandes posibilidades de que otras personas lo conozcan también y eso no nos conviene.

—Venimos a concretar un negocio —indiqué.

—Correcto —dijo Coco—, pero siempre hay gente dispuesta a venderse. En definitiva cuando las autoridades pregunten «¿Con quién estuvo este señor Santiago últimamente?» sus amigos no te recordarán, hombre, porque no eres digno de atención. Yo, en cambio, soy fácil de recordar y Harvey y Lester se hacen distinguir donde se encuentren.

Harvey le explicó:

—Sí, pero el otro contacto quería el efectivo por adelantado. El cincuenta por ciento del pago debía entregárselo antes de que enviara la mercancía.

—Ese es un buen comerciante —dijo Coco.

—Habla claro, ¿quieres dejar sin efecto el negocio antes de empezar? —le pregunté.

—Pienso en la posibilidad de demorarlo. Terminada la primera parte, viajaremos varios días. Cada día que pase seremos más vulnerables. La operación consta de tres fases; me desagrada pensar que se eche a perder antes de comenzar la segunda.

—Olvidalo —dije—, no hay demoras, Coco. Dios no me ha creado para que desperdicie mi vida limpiando un bote de alquiler en Miami.

Terminado, es la voz del jefe. Todos tienen ganancias iguales en la Sociedad, pero no igual poder de decisión. Los Shanklin se encargan de la primera fase, yo soy responsable de la segunda y la tercera corre por cuenta de Coco. Debo aclarar que la idea general es sólo mía y la conexión entre las distintas fases también. Fui el único, en Raiford, que comprendió que si se ensamblaban esas fuerzas independientes —Harvey y Lester Shanklin procedían del Sur de Miami; Hubert Digby venía de St. Hilary en las Indias Occidentales, y James Flood era oriundo de Scammons Landing, en Nueva York— se obtendría, por así decirlo, nitroglicerina. Y, al igual que el alquimista, soy el Número Uno, el elemento de control.

Hasta el momento todo se había desarrollado sin inconvenientes y así continuaría, porque los demás miembros comprendían que yo era la opinión que compensaba sus ideas antagónicas. Los Shanklin eran tan pacientes como un buey y tan fuertes como un toro. Coco, por el contrario, es un temperamento nervioso, guerrero de nacimiento; exigía garantías; en cualquier momento necesitaba saber qué haría o dónde se encontraría una semana más tarde y por qué. Generalmente los negros no tienen esas características, es decir, los negros que conocí en el Movimiento y los que estaban en Raiford no las tenían. Sentían una indiferencia animal por el futuro, arrojaban una piedra o empuñaban un cuchillo afilado con un senti-

miento de liberación. Su único interés en el futuro era comprobar cómo se estrellaba la piedra contra una ventana o se hundía el acero en la carne de la víctima. Esos sentimientos hacían que Coco los despreciara. Era el único hombre de color en nuestro pabellón y denominaba los A.A.A. al conglomerado de negros que lo rodeaba. Eran los Afro-American Apes. Coco pudo sobrevivir porque, refugiándose contra la pared, podía clavar el cuchillo más eficazmente y más engañosamente que los demás. El resorte de la cama que había afilado hasta dejarle una punta igual a una aguja, era su tesoro. Lo usó dos veces y en ambas oportunidades se alejó tan rápido y con tanta habilidad que, cuando los demás comenzaron a reunirse para ver lo que había sucedido, Coco era uno más de ellos, tratando de espiar por sobre las cabezas, conmovido por lo ocurrido, recubierto por un halo de santidad. Por supuesto lo descubrían, que era lo que Coco deseaba, y lo llamaban víbora. Una víbora que luchaba por su libertad, ansiaba liberarse no sólo de los demás negros sino también de los carceleros, de todo el mundo, excepto del pequeño blanco llamado James Flood.

Necesitaba un contrapeso emocional. Los Shanklin eran demasiado impasibles y Coco demasiado impulsivo. Era preciso encontrar un agente externo que los unificara y obtuviera lo mejor de cada uno, y ese agente catalizador era James Flood. Así se inició la Sociedad.

¿Capital? Prácticamente cero.

¿Beneficios por adelantado? Cuatro millones de dólares.

Dividido entre cuatro, un millón para cada uno.

ME corrijo.

Capital en efectivo, muy poco.

Capital en recursos humanos, ilimitado.

Un millón de dólares para cada socio era una decisión arbitraria pero se había convertido en una obsesión para

los Shanklin, quienes fuera de la estación de servicio situada en una ruta secundaria al Sur de Miami, y que estaba en quiebra, jamás habían poseído más dinero que lo poco que ganaban. El robo más beneficioso de un hotel les dejó cuatro mil dólares entre los dos. El trabajo pesado más urgente que habían realizado para Mob –una paliza a manera de advertencia dada a un deudor moroso– les produjo dos mil dólares. Estos y algunos otros miles obtenidos de vez en cuando, les hicieron gustar la buena vida y, lo más importante, les dieron una absoluta seguridad de que tenían derecho a disfrutarla. Eran más grandes, más fuertes, mejor parecidos e incluso más humildes que los turistas de Miami Beach a los que servían, y no comprendían qué maldita ley de la naturaleza o del Congreso los obligaba a arrastrarse malhumorados por una propina, mientras ayudaban en la playa, en lugar de ser quienes regalaban las propinas.

Coco fue quien introdujo la idea. Entendía el poder generado por otro poder, ese sentimiento que consume. La Colonia de su Majestad en St. Hilary había luchado por su independencia. Hubert Digby, ganador de la beca escolar, abandonó la Universidad en Inglaterra por defender con excesiva violencia los derechos de los negros, y regresó a su tierra añorada para defenderla de las garras del Imperio Británico. Consiguieron la Independencia. Llegaba de cualquier manera. Los británicos se sentían felices de deshacerse de ese banco de arena del Caribe con una población de cincuenta blancos muy ricos, quinientos mestizos relativamente poderosos y cincuenta mil negros muy pobres. ¿Qué sucedió con Hubert, que esperaba una recompensa por su ruidosa participación en los acontecimientos? Pensaba obtener, por lo menos, una parte del Casino cuando estuviera construido y autorizado para funcionar; ¿tal vez disfrutaría de parte del hotel que estaba en construcción? No obtuvo nada. Solamente la posibilidad de trabajar en el Casino o de emplearse en uno de los nuevos

hoteles, porque todo el mérito recayó en los mestizos, los cuales no reconocían a Coco como uno de los suyos. Les agradaba Coco, lo admiraban por ser uno de los más encomiables defensores de la Libertad, estaban encantados de poder ofrecerle un empleo, pero todas las nuevas y resplandecientes instituciones de St. Hilary eran producto de sus inversiones en efectivo, junto con el dinero de inversores anónimos de Miami y Las Vegas. Todo lo que el pobre Coco podía hacer era mirar desde fuera cómo se enriquecían los demás. Miraba desesperado, se le hacía agua la boca, pero seguía del lado de afuera.

Se despidió de St. Hilary pero sus ansias no disminuyeron. Sus apetitos de riqueza se sentían con más fuerza que nunca.

Yo había jugado en las viñas de Scammons Landing en Lake George siendo niño; había vivido de lo que me daban los ricos de modo que, muy joven aún, decidí cuál debía ser mi porción, mi ganancia. Sin embargo, hasta que se constituyó la Sociedad, en Raiford, no tenía idea de cómo obtendría el premio gordo.

Durante ese lapso cometí varios errores, entre los cuales la aventura con el meteorologista fue una de las que más enseñanzas me dejaron. Todas eran empresas arriesgadas que se pagaban con grandes titulares pero —excepto algunos audaces oportunistas, para no mencionar nuestra colección de informantes del FBI— nunca se cobraba en efectivo. Mi impresión de niño me engañaba con la idea de que era posible sacar a los ricos de sus fortalezas y ocupar sus lugares; como también me guiaba la creencia errónea de que mis compañeros luchaban en pos de elevados ideales. Me llevó bastante tiempo comprender que todos los humanos luchan para conseguir un beneficio y que los derrotados sólo tratan de racionalizar sus fallas convirtiéndose en idealistas. Incapaces de luchar, declaran que pretender una ganancia, vicia las normas de vida y se

arrastran por el campo de batalla gritando que han ganado la guerra.

También me costó comprender el verdadero sentido de esta jugarreta. Nos arrancan del vientre de mamá, nos dan un golpe en el trasero y nos obligan a arrastrarnos por un laberinto por el resto de nuestras vidas, tratando siempre de conseguir el primer premio que está ubicado justamente en el centro. Unos pocos afortunados son los que llegan. Otros pocos, inteligentes y perseverantes, se preguntan por qué están arrastrándose; entonces, se ponen de pie y derriban las paredes que les impiden alcanzar el objetivo.

¿Un millón de dólares? A esta altura de los acontecimientos concuerdo con los Shanklin. Un millón de dólares es un número de suerte.

SANTIAGO, a quien creíamos parecido a un Humphrey Bogart latino, resultó ser un chanchito Porky latino. De estatura mediana como yo pero recubierto con una capa de cuarenta kilos de grasa. Se detuvo junto a nuestra mesa en un rincón del restaurante, observándonos; después dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

–Santiago.

–Harvey –le respondió Harvey–, yo hablé por teléfono con usted.

Santiago se sentó junto a la mesa y acercó la silla tanto como le permitía su vientre; así y todo, quedaba una considerable distancia desde él al plato. Se colocó la servilleta en el cuello y le dijo al camarero:

–Flan. Una porción grande, y café.

–Flan –dijo Lester reprobador; observaba el vientre de Santiago–. Budín de azúcar. Hay moros en la costa.

–Caballo grande ande o no ande –dijo Santiago.

–Hablen en inglés –ordené–, y limítense a los negocios.

Los ojitos de cerdo me estudiaron tratando de averiguar qué instrumento tocaba yo en el cuarteto.

–De acuerdo. Hablemos de negocios. Tengo la mercancía, es decir, está solucionada la mitad del trato. La otra mitad depende de ustedes. ¿Tienen el dinero?

Hice una seña a Harvey, quien sacó un sobre Manila de su bolsillo; abrió la solapa y dejó ver una milésima de centímetro de un fajo de billetes. El contenido son billetes de juguete, cada uno tiene la inscripción One Happiland Dollar. Santiago trató de tomar el sobre, pero Harvey volvió a guardarlo.

–Son tres mil –dije.

Una forma efectiva de reducir las sospechas de una persona desconfiada es hablar de grandes cantidades.

–¡Oh! –exclamó Santiago.

–Contra entrega –continué.

Santiago volvió la cabeza hacia Harvey.

–Le aclaré que cerraría trato por cuatro mil.

Harvey dudó:

–Yo le aclaré que había trato por tres mil.

Santiago respondió amablemente:

–El precio son cuatro mil. Me aseguró que tenían tres y que podría conseguir el resto antes de recibir la mercadería. Puedo esperar. La mercadería no es perecedera.

El camarero coloca una taza de café y un plato con flan frente a Santiago. Todos callan hasta que éste se aleja. Cuando lo hace, continúo:

–Su mercancía tampoco se valoriza con el paso del tiempo.

–Excepto –argumentó Coco–, que tenga interés en venderla como antigüedades más adelante. Sé que se gana mucho dinero en el negocio de antigüedades.

Santiago se lleva a la boca una enorme cucharada de flan, la saborea con los ojos medio cerrados. Se parece más que nunca al Chanchito Porkey trabajando afanosamente.